

C

EL OPRESOR
DE SU FAMILIA,

COMEDIA EN QUATRO ACTOS.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS,

Le tyran domestique - Alexandre Dumas
REPRESENTADA EN EL TEATRO

DE LOS CAÑOS DEL PERAL,

EL AÑO DE 1806.

P. D. F. E. C.

Imprenta Castellan
CON LICENCIA:

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA Y COMPAÑÍA,

AÑO DE 1808.

*Se hallará en la librería de Quiroga,
calle de las Carretas.*

**JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO**

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRAS

N.º de la procedencia

PERSONAS:

Don Pedro, esposo de.. Sr. Andrés Prieto.

Doña Isabel..... Sra. Antonia Prado.

Cárlos.... } *Sr. Casanova.*

} *sus hijos.....*

Eugenia. } *Sra. Vargas.*

Don Diego, hermano

de Doña Isabel, oculto

baxo este nombre..... Sr. Isidoro Mayquez.

D. Anacleto, esposo de. Sr. Pedro Cubas.

Doña Juana..... Sra. María Maqueda.

Anselmo, antiguo cria-

do de Don Pedro..... Sr. Tomás Lopez.

La Escena es en Madrid en casa
de Don Pedro.

ACTO PRIMERO.

*El teatro figura una sala , en la que
habrá un relox , un piano y una mesa,
y varias sillas.*

ESCENA PRIMERA.

Don Diego y Anselmo.

Ansel. Gracias á Dios que esta vez
hablar á solas podemos.
Dos dias ha que á esta casa
vino vmd. y ni un momento
siquiera he tenido libre.

Diego. Yo tambien , honrado Anselmo,
deseaba hablar contigo,
pues sabes lo que te quiero.

Ansel. Yo quiero á vmd. mucho mas,
pues le conocí pequeño
quando serví á su buen padre.
Ah , señor , cuánto me acuerdo
de mi amo ! Entre mis brazos
lanzó su postrer aliento.

Diego. Qué pérdida para mí
y para mi hermana ! *Ansel.* Es cierto.
Ah ! si viviese su padre,

tal vez en este momento
fuera ménos desgraciada.

Diego. No ignoro que en su himeneo
es infeliz , sin embargo
de que es su esposo un modelo
de honradez. *Ansel.* No hay comerciante
de mas probidad. *Diego.* En eso
convienen quantas personas
le conocen. *Ansel.* En efecto;
es un hombre muy amable
para los extraños; pero
un verdadero demonio
para su casa. *Diego.* Por cierto
que es muy raro su carácter.

Ansel. Ninguno puede su genio
definir : ya nos maltrata
con el tono mas severo,
ya con chanzas é ironías
nos causa mayor tormento.
Quanto se hace en otras casas,
tanto le parece bueno,
y lo que se hace en la suya
malísimo. Aquello mesmo
que ayer mandó que se hiciese
hoy , en mirándolo hecho,
es causa de una quimera.
Si nos vé tristes , por eso
se enfada ; si hay alegría,
se enoja : jamás podemos
darle gusto. Si mostramos
en obedecerle esmero,
dice que es zelo importuno :
si su sinrazon queremos

sufrir con alguna paz,
 luego nos llama por esto
 hipócritas. Finalmente,
 ni un solo dia me acuerdo
 que á su esposa y su familia
 no haya reñido. *Diego.* Ya vengo
 informado de eso mismo.

Y extraño como su genio
 no ha cedido á la ternura
 y al carácter alhagüeño
 de mi hermana. *Ansel.* Esa es un ángel,
 que en el dilatado tiempo
 de veinte años que está
 casada con él, no ha hecho
 mas que sufrir y llorar,
 sin proferir un acento
 de queja. Todo al contrario,
 si sus hijos en secreto
 murmuran contra su padre,
 calma su resentimiento
 pintándoles las virtudes
 que le adornan, y con esto
 ellos se vén precisados
 sino á amarle, por lo ménos
 á respetarle. *Diego.* No es fácil
 tener amor á un sugeto
 que riñe continuamente.

Yo sé muy bien que el Don Pedro
 es un hombre á quien alaban
 todos; pero al mismo tiempo
 huyen de él y le detestan.

Ansel. Es verdad, y sino aquellos
 que vienen por sus negocios

particulares , no vemos que nadie á su puerta llame más que un tal Don Anacleto, ó su esposa. *Diego.* Son vecinos de la casa? *Ansel.* Con efecto; tomaron habrá dos meses el quarto segundo. *Diego.* Creo que mi cuñado á esa dama estima mucho. *Ansel.* Es muy cierto; y os afirmo que no tiene motivo , porque su genio es terrible : yo no he visto muger que con mas extremo sea dada á la moda , al luxo, y á la diversion... y luego manda y gobierna al marido como un despota. *Diego.* Por eso le agradará á mi cuñado.

Ansel. Pero en fin , con qual intento ha venido vmd. á casa, con el nombre de Don Diego?

Diego. El cariño de mi hermana me ha traído , y mi proyecto es encontrar un camino para que el mismo Don Pedro reconozca su injusticia, y modere su violento proceder. *Ansel.* Bueno es el paso; pero yo para mí tengo que será inútil. Mi amo obra mal sin conocerlo, y juzga que de este modo debe usar de sus derechos.

Diego. Mas no podrá la razón
corregirle? *Ansel.* No por cierto,
siempre será incorregible.

Desde sus años primeros
ya era altivo, y á medida
que en años iba creciendo,
se iba tambien aumentando
ese endemoniado genio.

Ya es imposible, señor:

no espere vmd.... *Diego.* Yo no pierdo
la esperanza de lograrlo.

Por esto dexé el sosiego
que en mi casa disfrutaba,
y vine á España fingiendo
ser un amigo que yo
recomendaba á Don Pedro.

Este me recibió al punto
en la saya, y así tengo
proporción de presenciar
su sinrazón, y el tormento
de mi hermana. Esta y tú, sois
los que sabeis el secreto,
pues que todos los demas
me conocen por Don Diego.

Ansel. Pero diga vmd..... *Diego.* Pare
que gente suena. No quiero
que vean la intimidad
con que te trato, pues luego
hablarán, sóspecharán, y....

Ansel. Está bien.

Diego. Á Dios Anselmo. *vase.*

Ansel. Pronto que vienen.... Dios quiera
que consiga sus deseos.

ESCENA II.

Anselmo y Eugenia.

Eugen. Anselmo, dónde está Cárlos?

Ansel. Ahora estará.... En su aposento,
á dónde ha de éstar?... Ah, no,
precisamente me acuerdo
que salió muy de mañana.

Eugen. Habrá un hombre mas grosero?

Ansel. Grosero?

Eugen. Sí: me ha citado
para decirme un secreto
de la mayor importancia,
y hace una hora que le espero.
Dios sabe quando vendrá.

Ansel. Segun sea su paseo,
porque él los suele dar largos.

Eugen. No me viera en tal desprecio
sino fuese yo tan dócil.

Ansel. Niña, un hermano es sugeto
que no ofende ni desayra.

Eugen. Si tal, pues mi edad, mi sexô,
y mi cariño, merecen
consideracion y aprecio;
pero sabré castigarle.

Ansel. Amándole mas. *Eugen.* Y luego
sino vuelve aquí al instante,
vendrá mi padre y tendremos
que separarnos los dos
sin que yo sepa el secreto.

Ansel. Qué curiosa!.... Ya se acerca
aquí el delinquente.

ESCENA III.

Dichos y Cárlos.

Eugen. Es cierto
que eres un hombre insufrible,
hace una hora que te espero;
y por qué? Porque has tenido
el gusto de irte á paseo.

Carl. Mira, Eugenia, nunca riñas,
no te parezcas en eso
á padre, que se hace odioso,
y á mí infeliz con su genio.

Ansel. Niños, prudencia. Es posible
que os olvideis del respeto
que se debe á vuestro padre?
Vuestra madre os da el exemplo,
miradla como padece,
sin que ni el menor acento
de queja....

Eugen. Madre es tan buena....

Carl. Di que es un ángel del cielo.

Ansel. Pero tambien vuestro padre,
á pesar de sus defectos,
tiene loables virtudes.

Obra bien, y en el silencio
oculta sus buenas obras.

Carl. Así es verdad, mas yo creo
que no es regular me trate
como á un niño; jamás puedo
responderle, que no diga,
que ya le falto al respeto.
En vano como un esclavo

obedezco sus preceptos,
 pues no logro complacerle.
 Quanto digo , y quanto pienso,
 merece siempre su enojo.

Si acaso algun libro leo,
 dice que soy un pedante.

Si algun rato me entretengo
 en cantar , dice que aspíro
 á ser cómico. Yo entiendo
 que los extraños me estiman

mucho mas. *Eugen.* Sí : mas aprecio
 les merecemos que á padre.

Ansel. Quanto me pesa que en esto *ap.*
 digan verdad ! *Carl.* Te aseguro
 que yo nunca me divierto,
 á no ser fuera de casa,

Eugen. Qué dichosos sois en eso
 los hombres ! Podeis salir
 quando quereis á paseo ;
 pero una pobre muger
 siempre se queda sufriendo
 el martirio de la casa.

Carl. Oh , no me libro por eso
 de padre , que algunas veces
 tú le has enojado , y luego
 me ha reñido á mí. *Eugen.* Por mí !
 Quando ? *Carl.* Ayer , sin ir mas léjos
 tuviste la culpa tú,
 y yo pagué. *Eugen.* Para eso
 otras veces he llorado
 yo por tí... Ingrato ! *Carl.* No quiero
 decirte que sienta yo
 pagar por tí. *Eugen.* Sino es eso,

para que.... *Carl.* Vamos Eugenia,
ya sabes que yo te quiero:
abrazame. *Ansel.* Amados niños,
mirad que se pasa el tiempo,
y parece que teneis
que hablar de cierto secreto.

Carl. Sí: un secreto que despues
te fiaré. *Ansel.* Por supuesto.
Soy el primer confidente
de casa: toma, y en esto
no me haceis ningun favor,
pues soy el que mas os quiero.

Eugen. Mira, si viene mi padre,
haz la señal. *Ansel.* Ya lo entiendo;
toseré mucho, y apriesa.

Carl. Y mudarémos el puesto
quando tosas. *vas. Ansel.*

ESCENA IV.

Cárlos y Eugenia.

Eugen. Con que vamos,
qué quieres con tal secreto
noticiarme. *Carl.* Que ya soy
Alférez de un regimiento
de caballería. *Eugen.* Cómo!
qué dices? Y te has resuelto
á hacer esa pretension
sin consultarme primero?

Carl. Don Luis Prieto el Coronel,
por sí, me logró este empleo.
Ya sabes quanto te adora.

Eugen. Á mí adorarme?

Carl. A lo ménos
él mé lo dice en su carta.

Eugen. Y que pretende su afecto
probarme el señor Don Luis
con llevarte al regimiento,
y haciéndote militar
para que te maten luego.

Carl. No Eugenia, no, en pocos meses
volver á tu lado espero.

Eugen. Pues qué puede alguno acaso
volver de la guerra? *Carl.* Cierto.

Oye pues lo que me escribe,
y verás quanto le debo.

Lee. "Querido Cárlos. El Ministro de Guerra
»ha condescendido con mis instancias, y
»me ha escrito que ya eres Subteniente de
»caballería. Preséntate á recoger la patente
»con esta carta mia, y no te olvides de dar
»mis finas expresiones á tu tierna madre y
»amable hermana. Ambas saben quales son
»mis deseos, y confio que á pesar de los
»obstáculos que se oponen, pronto tendré
»el gusto de verme unido á tu familia, con
»otros vínculos mas estrechos que los de la
»amistad : á Dios, &c."

Eugen. Y no dice mas? *resentida.*

Carl. Qué mas

habia de decir? *Eugen.* Por cierto,
que apenas me nombra. *Carl.* Nunca
son dilatados en esto
de escribir los militares.

Eugen. Su amor se parece en eso
á su estilo. *Carl.* Qué delicias

me aguardan! Sin duda el cielo me destinó á la carrera de las armas. Ahora mesmo vengo de mandar que me hagan el uniforme. Mi cuerpo está en Cádiz, y es forzoso que yo vaya... *Eugen.* Pues tan presto.

Carl. Pronto: mas no partiré sin que me veas primero con mis galas militares y mi sable. *Eugen.* Por supuesto que vendrás con uniforme á ver á padre. *Carl.* No pienso en semejante locura: ver á padre! Aunque me precio de valor no me aventuro á tanta empresa. Le temo, y mucho mas quando sé que con el mayor empeño queria que yo siguiese la Jurisprudencia. *Eugen.* Al ménos á despedirte. *Carl.* Yo haré mi retirada en secreto, sin clarines ni timbales.

Eugen. Ah! qué será el sentimiento de madre. ~~Carl.~~ De madre sí que despedirme prometo: es justo que corresponda á su bondad y al afecto que nos tiene. *Carl.* Pero Carlos, te marchas al regimiento solo por huir de casa?

Eugen. Alguna vocacion tengo

á las armas, mas con todo,
 jamás me hubiera resuelto
 á seguirlas, si mi padre
 violentando mis deseos
 no se obstinase iracundo
 en hacerme un Leguleyo.
 No nací yo para sabio
 ni para andar entre pleytos.
 La vida del militar
 es ventajosa en extremo,
 siempre llena de alegría:
 si está guarneciendo un pueblo:
 vá de dia al exercicio,
 de noche vá al coliseo;
 canta, bebe, lidia y marcha,
 siempre con igual contento.
 El se inflama con la gloria,
 él agrada al bello sexô,
 él es tímido, y afable
 quando vé á su dama, y luego
 es un terrible leon
 quando oye el clarin guerrero,
 y en fin, si muere en campaña,
 no hay que pagarle el entierro.

Tose dentro Anselmo.

Eugen. Que tosen. **Carl.** Si será padre?
 Huya el que pueda. **Eugen.** Estupendo,
 excelente militar.
 Y no vuelves? **Carl.** Ni por pienso.
 No hermana: libreme Dios,
 Discúlpame tú. **Eugen.** Y si luego
 pregunta? **Carl.** Dile que fuí...
 qué sé yo á dónde. **Eugen.** A paseo.

Carl. No, no... á la Biblioteca.

Eugen. Pero á qué? *Carl.* Con el objeto de consultar un Autor... Platón, Séneca, Epitecto; el primero que te ocurra de esos rancios caballeros.

Eugen. Vaya, es preciso mentir. El sabe muy bien que miento, que es un gusto, como sea por disculparle, y que tengo necesidad de valirme de estos leves fingimientos treinta veces cada dia. Mas nadie viene... Yo creo que padre pasó á su quarto sin entrar aquí. Me alegro, así podrá repasar mi gabota. Lo que siento es que se marcha mi hermano que me prometió en secreto enseñarmela. Por fin, ya que no aprenda algo nuevo, repasaré lo que sé.

ESCENA V.

Eugenia empieza á repasar la gabota. Anselmo tose, y ella no le oye entretenida en su bayle. D. Pedro entra, y ella al verle corre á la mesa y coge un libro.

Ped. Qué hacías? *Eugen.* Estoy leyendo.

Ped. Ola! Se lee cantando?

Eugen. Llegaba en este momento,

y.... por qué no me avisaste? á *Anselmo.*

Ansel. Cómo no? y tosi mas recio que nunca. *Ped.* Vmd. señorita, tiene, segun to que veo, demasiada inclinacion al bayle. *Eugen.* Señor... *Ped.* Yo creo que aspira vmd. á salir al teatro... Estando diéron,
mirando el relox.

y apostaré que no están ni escribientes ni caxeros en el despacho... Qué gentes! ni uno entre tantos encuéntra que cumpla su obligacion. Así vá todo... Empecemos á ver cartas. Este hombre no se pasan dos correos sin que me pidan. Parece que ha establecido un impuesto sobre mis fondos. Con todo, si el pobre está pereciendo es preciso socorrerle.
abre una.

Ansel. Qué lástima que su genio desluzca el buen corazon que tiene. *Ped.* Qué haces?

Ansel. Espero á ver si vmd. manda algo.

Ped. Es bien extraño por cierto estar mano sobre mano por aguardar. *Ansel.* Si no tengo nada que hacer. *Ped.* Cómo no? Luego yo en casa mantengo gente inútil.

Ansel. Ya me voy

á trabajar.

Vase.

Ped. No sabremos

que lee vmd. señorita?

Será algun libraco nuevo

de novelas. Y tu madre....

permíteme tal desacierto

y dexa que entre tus manos

anden esos libros llenos

de desatinos? *Eugen.* Señor,

no es novela. Son los hechos

del gran Gonzalo de Córdoba.

Qué General tan experto!

Ped. Y qué cabeza la tuya

para juzgarle! Será eso

que vas á aprender el arte

de la guerra, con intento

de hacerla luego á nosotros?

Ese libro con efecto

te conviene. *Eugen.* Y él mandó

ap.

que le leyese. *Ped.* Por cierto

que te sería mas útil

leer algun tratado bueno

de educacion.

ESCENA VI.

Dichos y Doña Isabel.

Isab. Buenos dias

amado esposo. *Ped.* Muy buenos.

Ello es que estás empeñada á *Eugenia.*

en no seguir mis consejos.

Isab. Has pasado bien la noche?

Ped. Si señora.... Te prevengo á *Eugenia.*

que elijas mejores libros.

Eugen. Lo vé vmd. mamá. *en voz baja.*

Isab. Silencio.

Ped. Ya no piensas en el piano.

Ella corre al piano.

Es inútil que el maestro
continúe sus lecciones.

Isab. Ya vá á estudiar. *Ped.* Si por cierto;
pero es para aturdirnos
con ese Rondó. Yo creo
que es el único que sabe,
pues siempre repite el mismo.

Isab. No toques. *Ped.* Cómo es que Carlos
no viene? *Eugen.* Es que....

Ped. Está indispuerto?

pronto , vamos á su quarto.

El médico. *Eugen.* No . está bueno,
sino que salió de casa
muy de mañana. *Ped.* Á paseo?

Eugen. Fue , fué.... á la Biblioteca.

Ped. Á buscar á alguno? *Eugen.* Pienso
que á Séneca. *Ped.* Que locura
leer las obras de un maestro
que educó tan mal á un Rey,
y que no habló con desprecio
del oro , sino hasta tanto
que se vió en el opuierto
estado de su fortuna.

Eugen. Si señor , sí : con efecto,
Séneca es muy mal autor.

Ped. Vaya , retírate : tengo
que hablar a tu madre. *Eugen.* Bien,
Mamá , yo tengo un secreto

que decir á vmd.

ap. las dos.

Isab. Despues.

Retírate. *Eugen.* Voy corriendo
á baylar este ratito.

vas.

ESCENA VII.

Doña Isabel y Don Pedro.

Ped. Salió de casa Don Diego?

Isab. Presumo que sí. *Ped.* No sabes
quanto estimo á ese sugeto.

No es verdad que su carácter
se parece al mio? *Isab.* Creo

que te engañas , pues él.... *Ped.* Nunca
hablas bien de nadie. Vuelvo

á decirte que es un hombre
muy amable, y me intereso
en que se le obsequie en casa.

Mas tu quizas por lo mesmo
estás tan indiferente

con él. *Isab.* Yo? pues dime, qué puedo
hacer mas? *Ped.* Mas hacer puedes.

Él merece por sí mesmo

que se le estime. Ademas,

que es amigo verdadero

de tu hermano, y á nosotros

le recomendó. Por esto

me empeño yo en obsequiarle.

No olvidaré lo que debo

á tu hermano. Una desgracia

de aquellas que en el comercio

son freqüentes, me arruinó,

y tu hermano en el momento

me franqueó todos sus bienes.

Si señora , yo deseo complacerle. *Isab.* Si supiera que es mi hermano el que Don Diego se nombra. *aparte.*

Ped. Sí , si señora , vmd. ha olvidado ya esto.

Isab. Yo olvidar ese favor ?

Mi hermano está satisfecho de mi gratitud : entónces le escribí. Felix , tú has hecho por tu hermana , lo que ella hiciera por tí. *Ped.* Muy bueno:

y presumes que has mostrado todo el agradecimiento que debes? Pero conozco que amas con el mismo extremo á tu hermano que á tu esposo:

Yo por mi parte me creo obligado á mas ; y así , ya que á Don Felix no puedo mostrárselo qual quisiera , en lo que haga por Don Diego su amigo , conocerá

quan grandes son mis deseos.

Yo observo que él mira á Eugenia con atencion , y con cierto modo , que me hace pensar que la adora. *Isab.* Y qué?

Ped. Si es esto , y pide su mano , al punto se la daré. *Isab.* Que sabemos si Eugenia le ama. *Ped.* Pretendes que yo consulte primero

su parecer? Necesito
para acertar, los consejos
de mi hija? *Isab.* En este caso,
me parece que.... *Ped.* Silencio.
Yo lo quiero y esto basta.

Isab. Bien está: yo me someto.

ESCENA VIII.

*Dichos, Eugenia que entra corriendo, y
luego D. Anacleto y Doña Juana.*

Eugen Mamá, vengo.... ay Dios que aquí
está mi padre....

Ped. Qué es eso?

otro pasito de bayle?

Eugen. Ahí viene Don Anacleto
con su esposa.

Salen.

Juana. Buenos dias
vecinos. *Isab.* Tomad asiento.

Juana. Pasemos al gabinete
las dos solas, porque quiero
pedir á vmd. parecer
sobre un asunto de peso.

Anacl. Se trata de ... *Juana.* Calla tú.

Ya sabes que no intervengo
en que vistas á tu gusto:
y así tengo yo derecho
para seguir mi capricho

en este punto. *Anacl.* Callémos,
no se enfade, y sea peor.

Juana. Vete á buscar al momento
esos pendientes que dice
el diario. Si son buenos,

compralos. *Anacl.* Pero muger,
si son acaso de aquellos
que valen mucho en la tienda
y nada en casa... *Juana.* Su precio
es fuerza dar á la moda.

Tú te figuras por cierto
que todos nuestros adornos
son bagatelas y juegos.

Anacl. Bagatelillas! Caramba!

Cómo casi llamarlas puedo
quando sé lo que me cuestan?

Juana. Vaya, demuestra tu genio
delante de estos señores.

Anacl. Yo qué digo? *Juana.* Sé que debo
vestir como todás visten.

Ped. Dice muy bien en efecto
esta señora. Usted quiere
que le tengan en el pueblo
por roñoso? No señor:
una muger de talento
se adorna, para mostrar
con esto que tiene aprecio
á su esposo, y que desea
agradarle, al mismo tiempo
que manifiesta en la Corte
su opulencia.... Nunca puedo
lograr que haga mi muger
otro tanto.... Mas ya veo,
como no quiere agradarme,
siempre está que me avérguenzo
de que la vean las gentes.
Y qué resulta? Que luego
dirán que soy un avaro,

y un hombre que no consiento
á mi esposa , que se vista
segun moda. *Isab.* No es mi genio
inclinado sino solo....

Ped. Sino solo á ser opuesto
al mio.... Pues yo te mando
que no escasees dinero
en tu adorno.... Comp: a joyas
cuesten lo que cuesten. *Juana.* Esto,
esto se llama querer
á su muger. *Isab.* Te prometo
que mañana... *Ped.* Y por qué nó
ha de ser hoy.... ahora mesmo.

Isab. Muy bien : hoy me adornaré
todo lo posible. *Ped.* Creo,
que es lícito usar del arte
en estas cosas. El tiempo
aja el rostro poco á poco,
y es necesario por esto
que recompense el adorno
sus injurias. *Juana.* Así es cierto;
vecinita , obedeced :

un marido siempre es dueño.
Jesus, yo obedezco al mio
en este ramo... *Anacleto,*
esta noche dicen que hay
Opera nueva , y no quiero
perderla. Tómame un palco.

Anacl. Pero no sabes que tengo
que ir hoy... *Juana.* A ninguna parte:
lo que yo digo es primero. *Anacl.* Bien está.

Eugen. Me alegraría *ap. á Doña Juana.*
ir con vmd. *Juana.* Desde luego

te llevara : mas tu padre....

Eugen. Convideme vmd. que un medio sé yo , para que me dexé ir. *Juana.* Vecina mia , puedo llevar á Eugenia al teatro?

Isab. Si quieré su padre.... *Ped.* Eso es un disparate. Eugenia no vá al teatro. *Eugen.* Ni quiero ir tampoco. Son tan largas

las óperas que me duermo de fastidio. *Ped.* Ola , y te gusta la música! *Eugen.* Pero encuentro un no sé que.... *Ped.* No censures el teatro. *Eugen.* No pretendo censurarle , mas no iré

por mi gusto. *Ped.* Por lo mesmo irás , y te gustará , porque lo mando. *Eugen.* Si es eso obedezceé.... Cayó *apart.* en la trampa.

Juana. Yo me alegro. *á ella lo mismo.* Doña Isabelita , vamos

á vuestro quarto , que el tiempo es precioso. *Isab.* Vamos. *Ped.* Tú retírate á tu aposento á dibujar miéntras tanto.

Eugen. Muy bien señor , ya obedezco.

Por fin conseguí mi gusto. *ap. y vanse.*

ESCENA IX.

Don Pedro y Don Anacleto.

Ped. Usted puede estar contento con su esposa.

Anacl. Yo lo estoy,
si señor, sí, tiene un genio
angelical quando nadie
la replica; pero en viendo
que la contradicen, es
como un leon. *Ped.* Buen remedio;
no replicarla. *Anacl.* Quién, yo?
Pues si yo soy un cordero:
pero vecino, me admira
esa leccion, quando veo
que vmd. siempre regañando
está con su esposa. *Ped.* Tengo
razon infinita. Es fuerza
hacerse temer de aquellos
que están baxo nuestro mando.

Anacl. Pues yo al contrario: sostengo
que es mejor hacerse amar,
y mucho mas quando ellos
no merecen reprehension.
Vuestro hijo, por exemplo,
no es un jóven.... *Ped.* Quién mi *Cárlos*?
Habla con bastante acierto
de todo. Tiene instruccion,
y sin duda con el tiempo
será hombre distinguido;
pues no digo nada ménos
de *Eugenia*. Feliz aquel
que sea su esposo. *Anacl.* Es muy cierto.
Mas tambien *Doña Isabel*
tiene á ese elogio derecho.

Ped. *Isabel* es la primera:
la miro como un modelo
de mugeres: siempre está

con los deberes cumpliendo
de esposa y madre. *Anacl.* Con que
con los tres estais contento
y despues los refireis
como si cada uno de ellos
fuera insufrible. *Ped.* Ya he dicho
que este es el seguro medio
de mantener el buen orden
en una casa. *Anacl.* No entiendo
vuestras máximas amigo;
pero pues se pasa el tiempo,
voy á buscar los pendientes
para mi esposa. Hasta luego. *vase.*

ESCENA X.

Don Pedro, y luego Doña Isabel.

Ped. Ya sé que todos critican
mi severidad : qué necios!
Sino me hiciese temer,
no pudiera en ningun tiempo
lograr que me obedeciesen.

Sale Doña Isabel.

Isab. Esposo. *Ped.* Qué traes? *con seriedad.*

Isab. Vengo

á darte una infausta nueva.

Me ha contado tu caxero
que hoy ha quebrado la casa
de Lemur. *Ped.* Y será cierto?

Isab. Ya es público, y se censura
su mala fé. *Ped.* Nada de eso,
Lemur es hombre de bien:
no es posible que haya hecho
una ocultacion. Tal vez

¿un puede tener remedio
su desgracia. Voy á verle,
y á ofrecerle quanto tengo
para salir de su apuro.

Isab. Qué accion! y con un sugeto
á quien apénas conoces.
Me sorprehende con efecto
esa generosidad.

Ped. Te sorprehende dices? Luego
no me creías capaz
de hacer nunca nada bueno.

Isab. Quién te dice. *Ped.* Isabel, calla:
es cierto que te merezco
buena opinion. Te sorprehende
el que teniendo dinero
socorra á quien le ha perdido?
Esta es la fama que tengo
entre mi propia familia.

Qué infeliz soy....

vase.

Isab. Con tu genio
te haces infeliz á tí,
y tambien al mismo tiempo
á tu esposa y tu familia.

ESCENA XI.

Dicha y Eugenia.

Eugen. Mamá, venga vmd. corriendo.

Isab. A dónde? *Eugen.* Al quarto de Carlos;
pronto que está disponiendo
su viage. *Isab.* Su viage? *Eugen.* Dice
que se marcha un dia de estos
á Cádiz. *Isab.* Con qué motivo?

Eugen. A buscar el regimiento

de que es Subteniente. *Isab.* ¡Cómo!
 Carlos militar! *Eugen.* El genio
 de mi padre le ha obligado
 á buscar.... *Isab.* Calla: yo vuelvo
 á ver si puedo impedir
 el resultado funesto
 de su imprudencia. Entre tanto
 que yo paso á su aposento,
 vé á mi quarto, y acompaña
 á Doña Juana. *Eugen.* Yo espero
 que vmd. no le dexará
 ser militar.... *Isab.* Que consuelo
 me queda si me abandonan
 mis hijos quando no encuentro
 en su padre sino injurias,
 sinrazones y desprecios.

ACTO II.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Don Diego y Anselmo.

Diego. No ha vuelto á casa tu amo?

Ansel. No señor: si él estuviera,
 no habria la paz que hay.
 Aun ántes de abrir la puerta
 conozco yo si está en casa,
 pues sus eternas pependencias
 la alborotan de tal modo,

que al poner en la escalera
el pie, ya digo, el leon
anda suelto. *Diego.* Quando muestra
mucho mejor su carácter,
es.... *Ansel.* Siempre.
Diego. Pero en la mesa
es mucho mas. *Ansel.* Y si hay
convidados, desempeña
perfectamente el papel
de amo de casa. *Diego.* Riera
yo mil veces de sus gritos
á no conocer la pena
que dan á mi hermana. *Ansel.* Es mártir,
y sufre con tal paciencia
el carácter de su esposo
que admira.... Pero aquí llega,
y yo me retiro al punto.
á la antesala, no venga
el amo, y encuentre causa
para empezar á la puerta
el sermon acostumbrado.

ESCENA II.

Don Diego é Isabel con otro vestido.

Diego. Isabel, qué petimetra
estás. *Isab.* Si Felix me adorno
el dia en que me atormentan
mas pesares. Pero es orden
de mi esposo, y así es fuerza
obedecerle; aunque temo
que halle en mi propia obediencia
motivos para otro enojo.

Diego. Querida Isabel, espera

que algun dia advertirá su sinrazon. *Isab.* No lo creas.

mi suerte está decidida:

callar y sufrir mil penas

es mi destino. *Diego* Tal vez

tu silencio y tu paciencia

le dan armas contra tí.

Mira : para las ideas

que yo tengo , dirigidas

á que terminen tus penas,

conviene que tu marido

se enoje lo que mas pueda

enojarse. *Isab.* Extraño medio

para lo que tu deseas.

Diego. Este es el mas oportuno.

Querrás hacer una prueba

que yo te diga? *Isab.* Y cuál es?

Diego. Oponerte á sus rarezas ;

rechazar sus sinrazones,

sin faltar á la modestia

que debe una esposa ; pero

con un poco de firmeza.

Conozca así la injusticia

con que te trata ; y que sea

éste el medio de enmendarle.

Isab. En vano te lisonjeas

de que corrija su genio.

Diego. Quando éste medio se pierda,

siempre nos queda el recurso

que medito. *Isab.* Yo quisiera

me informases de qual es.

Diego. Lo sabrás , luego que sea

ocasion : mas te repito,

que es conducente á mi idea
el que Don Pedro se irrite.

Mira, quanto la tormenta
sea mayor, es mas segura
la serenidad: apela

á los últimos recursos
para enzurecerle. Inventa....

Isab. Sin recurrir á invenciones

hay motivo. Carlos piensa
huir de casa esta noche,

é irse á Cádiz. *Diego.* Y esa nueva,
la ignora tu esposo? *Isab.* Sí.

Diego. Pues bien: sirvámonos de ella
para lograr la victoria.

Isab. Un coche paró á la puerta.

Diego. El será sin duda alguna:
recíbele aquí, y comienza
á practicar mis consejos.

Isab. Ya sube por la escalera.

Diego. Pues yo me retiro: á Dios. *vase.*

Isab. No comprehendo sus ideas;
pero quiero obedecerle
y hacer frente en quanto pueda
al carácter de mi esposo:

Dios sabe con que violencia
lo executo.

ESCENA III.

Doña Isabel y Don Pedro.

Ped. Par de mulas

mas pesado que el que lleva

mi coche; ni otro cochero

mas bárbaro, no se encuentra

en Madrid. Desde Palacio
habrá tardado hora y media.

Isab. Dexaste ya consolado
á Lemur? *Ped.* En esa mesma
pregunta, muestras que dudas.
Si señora, mis ofertas
nunca dexan de cumplirse.

Isab. No dudaba yo que fueras
á verle; mas preguntaba
porque sabes me interesa
todo infeliz. *Ped.* Yo no tengo
necesidad de dar cuenta
de mis acciones.... Qué es eso,
estamos de enhorabuena?

viéndola tan adornada.

Isab. No mandaste me adornase?

Ped. Pero no que te pusieras
unas joyas y brillantes
que tan solo una Duquesa
pudiera llevar. No ves
que todos tendrán por fuerza
que criticarme. Y si luego,
por desgracia, sucediera
que mi casa se arruinase,
dirían éstos que observan
la conducta de los otros,
qué quería sucediera
con el luxo que gastaba
su muger? Pague la pena,
puesto que tuvo la culpa.

Isab. Yo responderles pudiera
que jamás en mis adornos
he gastado. *Ped.* Y esas piedras

preciosas? *Isab.* Nada han costado, ni á tí ni á mí : todas ellas fuéron de mi madre ; el día de boda las tuve puestas ; y desde entónces acá han estado en mis navetas.

Ped. Eso es ya muy diferente.

Isab. Por fin , una vez siquiera *apart.*

le hice callar. *Ped.* Sin embargo , mi reflexion no es agena

de un hombre sensato. Escucha , ya nadie esas joyas lleva ,

y quando tú te las pones haces que quantos las vean

te censuren. *Isab.* Con que en fin ,

vmd. dice.... *Ped.* Ya comienzas

á mostrár ese carácter

de contradiccion? Pudieras

conocer que me chanzeaba.

No entiendes....

Isab. Ni hay quien te entienda :

veo que solo te agrado

quando callo. *Ped.* Mas valiera

que hablaras , pues el silencio

de desprecio , es una ofensa

declarada. *Isab.* Será así :

mas no extrañes que no sepa

el modo de responder

callando , ni sin que ofenda

el mismo silencio mio

no responderte. *Ped.* Demuestras

mucha discrecion. *Isab.* Si Pedro :

tú me haces que sea discreta

porque me haces infeliz.

Ped. Nunca pensé que tuvieras valor para replicarme.

Isab. Replicarte yo? *Ped.* Si: esa apariencia de dulzura es artificio que encierra un reconcentrado enojo; y en defecto de las fuerzas te vales de las intrigas. Lloras: su auxilio te prestan hijos, criados, criadas, y nadie hay que me obedezca.

Isab. Al contrario, todos ellos corren á la menor seña á obedecerte en un todo.

Ped. Mas qué especie de obediencia es la suya? Quando llegó á casa, de mi presencia todos huyen.... y aun mis hijos,
con cierta sensibilidad.

sí.... mis hijos.... Dime, es esta digna acogida de un padre de familias? *Isab.* Cosa es cierta, que huyen todos de tu vista, porque quando á casa llegas viene contigo el terror.

Tú obligas á que te teman aquellos que habian nacido para amarte. Tu presencia evitan, porque conocen que aun la falta mas ligera en tí produce el furor mas terrible. La sincera

alegría de la edad,
 los juegos de la inocencia
 todo, todo te disgusta
 y lo miras como ofensa.
 Tus hijos huyen de tí
 y te tratan con reserva,
 porque están viendo que no hallan
 en tí jamás la indulgencia;
 y qué sucede? Temblando
 ellos guardan con cautela
 de tí sus inclinaciones.
 y tú los llevas, los fuerzas
 á mentir para evitar
 tus reprehensiones severas.

Hé aquí de tu enojo el fruto.

Ped. Quién te dá valor? *Isab.* La misma
 necesidad de hablar claro
 Don Luis pretende que Eugenia
 sea su esposa. *Ped.* Un militar! *con furor.*

Isab. Disponte á oír otra nueva
 aun mas terrible. Tu hijo
 hoy mismo esta casa dexa,
 y se vá á su regimiento.

Ped. Ah, cruel, y así se aleja
 de un padre que le ama tanto!
 Primero ha de hacer la prueba
 conmigo de su valor,
 y ya que busca la guerra,
 vamos á ver si se atreve....

Anselmo, Anselmo.... *Isab.* Modera
 tu enojo *Ped.* Anselmo.... qué grado
 tiene en su nueva carrera?

Isab. Don Luis le pudo alcanzar

del Rey una Subtenencia.

Ped. Gran favor por vida mia!

Mas no morirá en la guerra
mientras que yo viva.... *Anselmo.*

Isab. Con cariño y con prudencia
procura tú... *Ped.* Con cariño?

Preso con una cadena

le pondre en su quarto. *Isab.* Ay Dios!

Ped. Qué este viejo no parezca!

Anselmo.

ESCENA IV.

Dichos y Anselmo.

Ansel. Ya estoy aquí.

Ped. Vé, llama á Carlos y á Eugenia:

vé pronto. *Ansel.* Allá voy corriendo.

Segun me dicen las señas *apart.*

buén rato se les prepara:

Dios serene la tormenta.

ESCENA V.

Don Pedro é Isabel.

Ped. Con que eras depositaria

de sus secretos? *Isab.* Lo era

porque se fian de mí.

Justo es que los que se encuentran

sufriendo un mismo infortunio

se comuniquen sus penas

y todos juntos las lloren.

Ped. Usted señora pondera

en lo que dice.

ESCENA VI.

*Dichos y Eugenia.**Eugen.* Es verdadque vmd me llama? *Ped.* Es muy buena la pregunta: si señora.*Eugen.* Pues ya estoy en su presencia.*Ped.* Con que hija mia, vmd. tiene amores sin mi licencia?*Eugen.* Yo señor... Yo no amo á nadie.*Ped.* Veis como miente?... Te acuerdas de Don Luis el Coronel?*Eugen.* Mi padre, según las señas, *ap.* está informado de todo.*Isab.* Eugenia, dí con franqueza que Don Luis pide tu mano, y que tú también deseas este enlace. *Eugen.* Si señor, mi esperanza ha sido esa.

Don Luis es un hombre amable, le adornan muy buenas prendas, dixo que me amaba, y yo....

Isab. Vamos, cuál fué tu respuesta?*Eugen.* Que á su amor correspondia.*Ped.* Y fuistes tan indiscreta que confesaste.... *Eugen.* Yo creo que siempre en todas materias se debe decir verdad.*Ped.* No te he visto tan sincera en mi vida; y como sabes mentir conmigo, pudieras haber mentido á Don Luis cumpliendo con la modestia.

Yo te mando desde ahora
 que le borres de tu idea,
 pues ya te he buscado novio
 y serás suya. *Isab.* Pero ella
 no le ama.... *Ped.* Le amará
 porque lo mando. *Isab.* La fuerza
 no consigue.... *Ped.* Será justo
 que una muchacha me venza?
 Quién de los dos sabrá en esto
 lo que conviene, yo ú ella?

Eugen. Quanto su cólera temo! *apart.*

Ped. Infeliz de tí si muestras
 ni la menor repugnancia
 á unirte con quien ordena
 tu padre. *Eugen.* Me casaré, *temblando.*
 señor, con quien vmd. quiera.

Ped. Es hombre muy apreciable
 por su honradez, su presencia
 y sus bienes: á su lado
 serás muy dichosa. Eugenia
 le amarás? *Eugen.* Si vmd. lo manda,
 yo le amaré. *Isab.* Amar por fuerza *ap.*
 es imposible. *Ped.* Aquí viene
 Cárlos. *Eugen.* Su cólera entera *ap.*
 vá á sufrir el desdichado.

ESCENA VII.

Dichos, y Cárlos que llega con timidez.

Ped. Vén: acercate, no temás.

Carl. Yo no temo. *Ped.* No es razon
 que un hombre que vá á la guerra
 sea cobarde. *Carl.* No lo soy.

Ped. Vaya: ya sé la carrera

que has elegido y no puedo desaprobarla: es muy buena y honorífica... La toga parece, según las señas, que no te gusta. *Carl.* Prefiero la milicia *Ped.* Enhorabuena.

Carl. Con que vmd. lo aprueba: *Ped.* Ya lo ves. *Eugen.* Si hablará de veras! *ap.*

Ped. Tus acciones en campaña darán á tu descendencia un nuevo lustre, y mis nietos se alegrarán quando puedan contar entre sus mayores un héroe. *Carl.* No sé qual sea la suerte que me prepara mi fortuna. A esta carrera me hallo inclinado: servir al Rey y á la Patria es deuda de la virtud, y yo puedo envanecerme sin mengua de la eleccion que he tenido.

Hombres eminentes prueban la nobleza de las armas, y yo me encuentro con fuerzas para seguirlos. *Ped.* Conozco en tu ardor mi sangre: muestras virtud y valor. No dudo que llegues con estas prendas á ser un buen General.

Eugen. En breve á las chanzonetas *ap.* seguirán las furias. *Ped.* Vamos, con que es una Subtenencia el grado que has conseguido?

Vivé Dios que bien empiezas,
bien por cierto. Enséñame
la patente. *Eugen.* Que simpleza,
viendo á su hermano que le dá un papel.
no se la entregara yo.

Ped. Aquí tienes la licencia
para que busques tu muerte:
esto tu amigo lo aprueba,
mas yo no lo apruebo, no:
y voy esta vez siquiera
á conservarte la vida. *rompe la patente.*

Carl. Rompe vmd. de esa manera *irritado.*
un papel que ha confiado
á vmd. mi condescendencia.

Ped. Para usar de él no te falta
nada mas que mi licencia.

Carl. Ya el Monarca me ha nombrado.

Ped. Yo al Ministro de la guerra
veré: le hablaré, los medios
le propondré que convengan
para volverte á tu casa.
El Rey no quiere que sean
Oficiales de sus tropas
los jóvenes que no llevan
ótras ideas que huir
de sus padres. Mil maneras
hay de servir á la Patria:
en qualesquiera carrera
hay honor. Un Magistrado,
un Comerciante, un Poeta;
todo aquel que se distinga
en la profesion que exerza,
es tan digno de alabanza

como el que brilla en la guerra.

Carl. Pues yo he de ser militar,
y en vano, en vano vmd. piensa....

Ped. Prefiero verte morir
antes que.... *Carl.* Sé yo una senda
por donde podré librarme
de la esclavitud paterna.

Sentaré plaza.... *Ped.* Infeliz,
y así se atreve tu lengua!...

Isab. Por piedad. *conteniéndole.*

Eugen. Hermano mio. *Isab.* Hijo....

Ped. Llega tu insolencia
á amenazar á tu padre?

Carl. Quién contenerse pudiera!

Ped. Oid que tono! Mirad
que ademan! Ved que soberbia.

Carl. Yo huiré de casa, y entónces....

Ped. Yo lo impediré. *Isab.* Modera
esa cólera. *Ped.* En mi quarto
le encerraré. *Isab.* Su imprudencia
perdona. *Ped.* Déxame que....

mirando adentro.

Mas qué escucho! Gente suena?

Don Diego es.... á que mal tiempo...

Qué puedo hacer?... Yo quisiera
ocultar de él este lance:

las desazones caseras
no se deben divulgar.

Aquí Don Diego se acerca,
vamos serenando el rostro. *á los tres.*

ESCENA VIII.

Dichos y Don Diego.

Diego. Allá en el jardín esperan los vecinos. Doña Juana aguarda con impaciencia á la familia, y en tanto su buen humor manifiesta con los chistes que son propios de su genio. Solo resta que vmd. vaya, porque en todo sea la diversion completa.

Ped. Allá vamos al instante. *sonriéndose.*
Oculta tú esa tristeza. *á Isabel.*

Diego. Sin duda riñendo estaba, y en disimular se empeña.

Ped. Quieres mudar ese gesto. Ríe, habla, manifiesta buen humor, ó yo te juro que te acordarás. *Carl.* Es fuerza á su padre. aparentar alegría por cumplir con la obediencia.

La cólera me arrebató, *apart.*
y no es posible que pueda contenerla aunque lo manda.

Ped. Muestrate alegre, y comienza á *Eugen.*
por enxugarte los ojos.

Cuidado que nadie sepa que has llorado. *Eugen.* Bien está.

Yo estaré alegre y contenta por obedecer á vmd.

Miéntas todos estos apartes, Don Diego é Isabel hablan en secreto.

Diego. Corramos á donde espera
los amigos. Sí, corramos,
y aumente vuestra presencia
placer á la diversion.

Él es solo el que allí reyna,
y el que siempre reynar debe
en todos. Él es la prenda
de nuestra felicidad :

felicidad verdadera
que es muy justo que disfrute
el que como vmd. se encuentr
rodeado de sus hijos,
y con una esposa tierna
que le ama.... Vamos.

Don Diego coge del brazo á **Don Pedro.**

Ped. Vamos

á divertirnos. *volviendo á mirar á sus hijos.*

Isab. Mis penas

no podré disimular.

Carl. Ni yo el furor que me ciega.

Eugen. Por cierto, para alegrarse
es la ocasion estupenda.

ACTO III.

*La misma decoracion , pero alumbrada
con dos bugías que habrá sobre
la mesa.*

ESCENA PRIMERA.

Don Diego y Anselmo.

Diego. Con efecto , mi cuñado
lució en la mesa su genio
á la perfeccion. Mostraba
placer , donayre , talento
con todos los convidados,
y reñia al mismo tiempo
por la ménor bagatela
con su familia. Por cierto
que me hubiera divertido
á no ver el sentimiento
que atormentaba á mi hermana.

Ansel. Pues hoy ha estado sereno
para lo que él acostumbra
en dias de cumplimiento:
solo unas maldicioncillas
con algun otro reniego
nos regaló ; pero fue
allá entre dientes : y á esto
se le llama acá dulzura.

Diego. Vuelvo á repetir de nuevo

que me admira la paciencia
con que ha sufrido su genio
Isabel. Mas sin embargo,
si me ayudas como espero,
yo poudré fin á sus males.

Cumpliste ya mi precepto?

Ansel. Si señor, ya le he cumplido
y con destreza y acierto.

Diego. Pero entretanto mi hermana
no ha irritado qual yo quiero
el furor de su marido.

Ansel. Como, si queda riñendo
ahora mismo. *Diego.* Sea en buen hora.
Él vendrá aquí en el momento
para jugar á las Damas
conmigo un poco. *se oyen voces dentro.*

Ansel. Qué es esto?

No escucha vmd. como grita.

Diego. Yo me retiro: no quiero
interrumpir la disputa:
volveré quando sea tiempo.

vase.

ESCENA II.

Doña Isabel, Don Pedro y Anselmo.

Isab. Pero dime, esposo mío,
en qué te ofendí pidiendo
que perdonases á Carlos?

Ped. Me ofendiste. Yo no debo
sino castigar su arrojo.

En dos meses por lo ménos,
no ha de salir de su quarto:
allí encerrado le tengo

y no saldrá. *Ansel.* En este instante
aparte atizando las luces.

ya ha salido. *Isab.* Yo te ruego
 reflexiones que el rigor
 puede perderle. *Ped.* Veremos
 si logra ser militar

contra mi gusto. *Isab.* Debemos
 temer que desesperado
 tal vez cometa un exceso
 criminal é irreparable.

Ansel. Ya está tranquilo y contento. *ap.*

Ped. Él cumplirá su deber,
 o yo le obligaré á ello:

si señora. *Isab.* Con que sigues
 el temerario proyecto
 de hacerte temer de todos.

Ped. Le sigo porque estoy viendo
 que aquí todos me censuran:
 témanme todos al ménos,
 ya que ninguno me ama.

Isab. Ese bárbaro decreto
 revoca en favor de un hijo.
 Teme tú no suelte el peso
 enorme con que le oprimes:
 y si él, quebrando los yerros
 de un padre que le esclaviza
 quiere obstinarse violento
 en huir de tí; no hará mas
 que recobrar sus derechos.
 Oxalá que la fortuna
 me proporcionase un medio
 para quebrantar tambien
 tan pesado cautiverio.

Ped. Eres tú quien me habla?
con la mayor sorpresa.

Isab. Sí.

Ya está cansado mi pecho
de sufrir : tú le has herido
demasiado. En tanto tiempo
como ha que estoy arrastrando
en doloroso silencio
la desgraciada cadena
de mi infeliz casamiento,
ni un solo día ha pasado
sin que no oiga aquí lamentos,
sin que lágrimas no mire,
sin que no atruene tu acento.
Yo tengo á mi lado un tigre,
no un amable compañero.
Al ponerme en su presencia,
á pesar mio, yo tiemblo.
Yo por conseguir la paz
toda mi voz y derechos
le he cedido : callo y hablo
segun quieren sus deseos,
y aun me nombrara dichosa
si en medio á tanto tormento
no me ultrajase pagando
mi ternura con desprecios.
Melancólica, abatida
mi salud vá siempre á ménos,
y ya hubiera yo espirado
sino me diesen consuelo
mis hijos... Tal vez muy pronto
voy para siempre á perderlos!
Qué ha de ser de mí : aquí sola

con un tirano viviendo?
 Los males que dividian
 conmigo mis hijos tiernos,
 todos y juntos caerán
 sobre mí cada momento.

Oh, como tiemblo, al pensar
 en presagio tan funesto,
 que no hay fuerza en mí bastante
 para padecer sin ellos:
 y si la muerte ahora mismo
 no da fin á mis tormentos,
 la ley romperá este nudo,
 y huiré con mis hijos luego.

Ped. Ese language señora, *mas admirado.*

me sorprende... Apenas creo
 que sale de vuestra boca,
 y tan extraño y tan nuevo
 es para mí, que no sé
 como deba responderos.

Por qué de tantas crueldades
 me acusais? Si he de creerlo,
 soy un malvado, un infame:

mis miradas y mi acento
 infunden terror á todos;
 y á vos, y á mis hijos mismos

causan ódio... Os atreveis
 á acusarme? Y qué defectos,
 qué delitos son los míos?

Por qué camino ó qué medio
 tantas victimas oprimo?

Voy á esas casas de juego
 á exponer á un solo golpe
 de la suerte aquel dinero

que es la herencia de mis hijos?

Corro en pos del lisongero

atractivo de una Tais?

Ciño yo en oprobio vuestro

de joyas su impura frente?

Yo conozco mis defectos

y los voy á publicar.

Amar como padre tierno

á unos hijos destinados

á contradecirme : en ellos

y en mi esposa estar pensando,

trabajar con todo esmero

para poder conducirlos

al estado lisongero

de una existencia feliz.

Éste es mi único deseo,

ésta mi única esperanza,

y aun teneis atrevimiento

de culpar á un corazon

tan generoso.... Ah, yo he hecho

tres ingratos... Pero no

tres infelices. *Isab.* No niego

tan loables qualidades.

Virtudes tienes, es cierto;

pero ay de mí : tus virtudes

no producen el efecto

de nuestra dicha. Un carácter

de indulgencia, un dulce afecto,

aquella contemplacion

que es justo tener respecto

de los demas.... Finalmente

aquella paz. *Ped.* Ya estoy viendo

que haces empeño formal

en irritarme de nuevo.
 Pero guarda estas palabras
 que del fondo de mi pecho
 salen... Yo aprecio infinito
 esos prudentes consejos;
 pero en la edad en que estoy
 no es fácil mudar de genio.
 Así léjos de oponerte,
 conviene que á mis defectos
 te sigas acomodando.

Isab. Al contrario, yo pretendo
 que....

Ped. Concluyamos señora *muy irritado.*
 esta disputa. Yo cedo
 el campo al ménos prudente
 y me voy; pero te advierto,
 que temas mucho á un esposo
 irritado; sí: ay de aquellos
 que quieran contradecirle! *vase.*

ESCENA III.

Don Diego é Isabel.

Isab. Qué infeliz que soy: ni el ruego
 ni la razon te desarman.
 Amado hermano, á qué extremo
 de crueldad llega mi esposo.

Diego. La disputa estuve oyendo,
 y no es justo que te dexes
 en manos de hombre tan fiero.
 Ya es necesario que sigas
 en un todo mi proyecto.

Mi amparo tienes: qué dudas?

Isab. Yo sin embargo recelo

que he de emponzoñar sus dias.

Desesperado y violento

quizás... *Diego.* Vacilas aun?

Piensa que de este momento

pende tu felicidad,

y si se opone tu pecho

á mis designios, ya puedes

abandonar al tormento

todo el resto de tu vida.

Isab. No Felix, ya te obedezco,

dispon de mí como gustes.

ESCENA IV.

Dichos y Anselmo.

Diego. Llegas á buen tiempo Anselmo.

Anda, executa al instante

mis órdenes con secreto.

Ya entiendes. *Ansel.* Usted descuide.

Diego. Á Dios.

á *Isabel.*

Isab. En tus manos dexo

mi ventura ó mi desgracia, *vase con Ansel.*

Diego. Entre tanto yo á Don Pedro

aguardaré en esta sala,

pues me citó para el juego

y vendrá sin duda alguna.

Quanto mas pienso en el medio

que he elegido, tanto mas

á propósito le encuentro;

pero si acaso no alcanza,

para este hombre no hay remedio.

Gente se acerca.... Es usted.

Doña Juana....

ESCENA V.

Dicho, Doña Juana y Don Anacleto.

Juana. Sí, que vengo
á buscar á mi vecino,
y á decir mi sentimiento
por lo mal que me ha tratado:
pero dónde está? *Diego.* Allá dentro,
ocupado en su escritorio.

Juana. No importa: yo voy corriendo
á decirle en dos palabras....

Diego. No señora, no: yo mesmo
iré al instante á avisarle,
y á decirle al mismo tiempo
que vmd. parece se halla
con él quejosa en extremo.

vase.

ESCENA VI.

Doña Juana y Don Anacleto.

Juana. Mandar á llamar su hija
quando está conmigo viendo
una función de teatro!

Anacl. Eso es propio de su genio.

Juana. Yo le daré á conocer
con que atención y respeto
debe tratarse á una dama
de mi clase. *Anacl.* Ya Don Pedro
viene aquí. *Juana.* Venga en buen hora.

ESCENA VII.

Dichos y Don Pedro.

Juana. Sepa vmd. señor Don Pedro
que estoy con vmd. furiosa.

Ped. Pues yo con vmd. qué he hecho?

Juana. Usted lo sabe muy bien,
pero conoce su yerro

y disimula. *Ped.* Señora,
explique vmd. tal misterio.

Juana. No puede Eugenia conmigo
ir al teatro? *Ped.* Es muy cierto.

Juana. Pues si lo es, de qué ha nacido
ese capricho grosero
de llamarla con tal prisa?

Ped. Yo llamarla... Está muy bueno :

yo! *Juana.* De parte de vmd. mismo
fué Carlos al aposento
y se la traxo. *Ped.* Mi hijo?

Juana. Disimule vmd. mas tiempo :

su hijo de usted. *Ped.* Habrá infame!
Mis iras.... *Juana.* Pero qué ha hecho?

Ped. Yo le tenia encerrado
en castigo de un exceso,
y el bribon se me ha escapado.
Le he de arrancar el aliento
si se pone en mi presencia.

Juana. Pero que está vmd. diciendo
de encierro. Trata vmd. á Carlos
como á un niño? *Ped.* Y en efecto
se llevó á su hermana? *Juana.* Sí.

Ped. Dónde estarán? Aun no han vuelto.

Juana. Qué inquietud es esa? Puede
que Isabel.... *Ped.* Salgamos presto
de dudas... Anselmo... El mismo

me aclarará este misterio,
que á pesar mio me irrita
y me llena de tormento.

No haber venido á estas horas...
 Este es el dia primero...
 Pero Isabel no ha salido,
 ni nada me ha dicho de esto.
 Si será alguna función
 que tal vez habrán dispuesto
 y se han ido sin dignarse
 de advertírmelo primero.

Juana. Y eso qué tiene de extraño?

¿A qué viene estar inquieto?

¿A qué esa cólera? Amigo,
 usted es un hombre fiero.

Anacl. Si lo he dicho yo; por nada
 se enfurece. *Ped.* Ya estoy viendo
 que hoy todos se han conjurado
 para llevarme á un extremo
 y lo habrán de conseguir.

ESCENA VIII.

Dichos y Anselmo.

Ped. Venga vmd. señor Anselmo,
 hágame vmd. el favor
 de intormarme de qué medio
 se valió el señor Don Carlos
 para huir de su aposento:
 diga usted. *Ansel.* Por la ventana
 saltaría. Nunca un viejo
 puede guardar á un muchacho.

Ped. Anda, corre en el momento,
 díselo á tu ama. *Ansel.* Ha salido
 habrá una hora: gimiendo,
 sola y sin criados. *Ped.* Sola?

Ansel. Si señor, sola. *Juana.* Preveo

aquí gran mal. No le ves *á su marido.*
todo abatido y suspenso?

Ped. Pero si está ahí su berlina! *reflexionando.*

Ni cómo puede ser cierto
el que haya salido á pie....

Ansel. Es que mandó con secreto
por un coche de alquiler.

Ped. Oh Dios! *suspirando.*

Y porque al momento
no corriste á avisarme.

Ansel. Ser espía y carcelero,
son empleos muy odiosos:
busque vmd. señor para ellos
otro mas acomodado.

Ped. No sé que hacer : yo me encuentro *ap.*
combatido de sospechas.

Ola , que baxe al momento *á Anselmo.*

un criado , y sin tardanza
monte en mi caballo negro:
vaya otro en su compañía.

Otro que vaya corriendo
á casa de mis amigos.

Otro que parta ligero
á ver si estan en mi quinta :

el otro ... Qué estas diciendo
hombre infeliz.... Eso fuera

publicar.... Ya nada quiero.
Aguardaré.... Vete al punto. *á Anselmo.*

Ansel. Ya me voy : esto es muy bueno, *ap.*
el furor queda pintado
en su rostro.

Juana. Dime Anselmo, *aparte á él.*
huyó acaso tu señora

con sus hijos? *Ansel.* A lo ménos
asi las señas lo indican.

Juana. Hizo muy bien, si lo ha hecho.

Quien habia de sufrir
á esa furia del infierno:

Yo misma se lo diré

bien claro. *Ansel.* Mucho me alegro.

Ya le dexò batallando

con un demonio perfecto.

ESCENA IX.

Dichos ménos Anselmo.

Ped. Disimule vmd. vecina:

tan afligido me encuentro

que no sé cómo, ni á dónde

dirigir mis pensamientos.

Esta ausencia de mis hijos

y mi esposa... Este silencio:

todo, todo me confunde.

Juana. Pues bien claro está todo eso.

La esposa de vmd. y sus hijos

eternamente sufriendo

el abuso que vmd. hace

de su autoridad con ellos

por librarse de un tirano

de aquesta mansion huyéron.

Estos del terror injusto

son los bárbaros efectos:

y vmd. mismo es, quien odioso

y desgraciado se ha hecho.

Ped. Y por qué vmd. me atribuye

la culpa de este suceso?

Soy yo por ventura un hombre

sin razon y sin talento,
que ha obligado á su familia
á ir de su casa huyendo?

Quién os hizo esa pintura
de mi carácter? *Juana.* El pueblo
que lo observa y lo conoce.

Todo Madrid lo está viendo,
y todos se alegrarán

quando sepan que salieron
de esclavitud tan penosa

esos míseros, objetos
de compasion.... Yo lo digo,

se alegrarán. *Ped.* Yo desprecio
la censura de esas gentes

á quienes llama vmd. pueblo.
Censura al fin de mugeres,

de éstas que sin mas objeto
que entretener de algun modo

su ociosidad, van diciendo
por las casas que visitan

lo que se hace, ó no se ha hecho
en quantas no son la suya.

Juana. Ese epígrama no creo
que hable conmigo. Yo solo

lo que es público profiero,
y ante vmd. mismo. Además,

yo me juzgo con derecho
para vengar los agravios

de mis amigos. *Anacl.* Silencio.
Mira muger.... *Juana.* Calla tú.

Ped. Usted muestra mucho zelo,
mas no ha menester mi esposa

vengadores. *Anacl.* Que Don Pedro...

Juana. Déxame á mí que respondá. Pudiera con un acento confundirle si quisiera; pero en este instante pienso mas que en mi propio desayre en las penas que sufriendo están los que por desgracia viven con él.

Ped. Ya no puedo *reprimiéndose la cólera.* contenerme.... Usted imponga á esa señora silencio.

Juana. Quién, mi marido?... *Graciosa* idea. *Ped.* Don Anacleto!

Anacl. Mi muger tiene razon.

Juana. Con que vmd manda severo quando yo hablo con justicia el que me impongan silencio? Ridícula pretension! Por lo demas yo no tengo que temer de ese mandato que dá mas risa que miedo. Mire vmd., mire á mi esposo: por su honradez, por su genio, por su virtud, yo le amo y hago siempre todo aquello que él desea y que no manda. Si la suerte, en casamiento con vmd. me hubiera unido, no estaria padeciendo yo una infame servidumbre entre el baldon y el tormento. Yo hubiera hablado á mi esposo desde los meses primeros.

Hubiera fixado entonces
los suyos y mis derechos,
y en vano despues querría
ser mi tiránico dueño:
usted sería conmigo
un esposo, un compañero.

Ped. Usted señora, abusando *con furor.*
está de mi sufrimiento.

Anacl. Ya es tarde: vamos á casa.

Ped. Sí: me parece que es tiempo.

Juana. Y vmd. me despide así?

Sepa vmd. que es un grosero;
pero ántes de retirarme

le diré que es un perverso,
un injusto, un opresor.

Que vmd. con su genio ha hecho
infelices á sus hijos,

que ellos han sido muy cuerdos
en huir de su tirano.

Que Isabel por este medio
ha hecho muy bien en librarse

de tan atroz cautiverio.

Ya gracias á ese abandono
está vmd. solo: que necio

pisará ya estos umbrales?
Si señor, aquellos genios

que como el de vmd. son duros,
predominantes y fieros,

ó viven solos en casa,
ó aislados en los desiertos,

renunciando para siempre
á su familia y sus deudos
de quienes son los verdugos:

renunciando al mismo tiempo
á la sociedad , de quien
son el azote funesto.

Ya me expliqué francamente.

Ya vmd. me escuchó Don Pedro.

Beso á vmd. la mano : á Dios,
que duerma vmd. con sosiego.

Anacl. Siento irme , pero mañana
yo veré á vmd. en secreto.

ESCENA X.

Don Pedro solo.

Ped. Qué muger ! Y yo he podido
proponerla por modelo

á mi esposa y alabar

su discrecion y su genio?

Y qué , seré yo un injusto

á mi pesar? Compadezco

á ese marido que vive

á tanto orgullo sujeto.

Mi muger , esta mañana,

quando mi furor violento

la reñía , con dulzura

procuraba contenerlo.

Ah ! si me habrá abandonado.

Es su corazon muy bueno

y no será... Sin embargo,

de la amenaza me acuerdo

que hizo de huir de mi lado,

y de recurrir... No hay medio,

ahora mismo en el instante

voy á correr todo el pueblo

hasta encontrar con su asilo,

y si acaso está dispuesto
el que sobre mí recaiga
un vergonzoso decreto:
correré para vengarme
hasta el fin del universo.

Al ir á salir vé á D. Diego y se detiene.

Qué inoportuna visita!

Mi agitación ocultemos.

ESCENA XI.

Dicho y Don Diego.

Diego. Me estaba vmd. esperando!

Ped. Como es ya tarde!

Diego. Allá adentro

aguardaba á que se fuesen

los vecinos. *Ped.* Al momento

se fuéron. *Diego.* Ella es amable.

Ped. Amigo, guardeos el cielo

de tener una muger

semejante. *Diego.* Cómo es esto

que ni á su esposa de usted

ni á sus hijos aquí veo?

Se han ido ya á recoger

ó juegan en su aposento?

Ped. Ay amigo, esa es la causa

de la inquietud que padezco.

Aun á casa no han venido,

cosa que jamas han hecho:

y yo temo.... *Diego.* No hay por qué.

Ped. Oh Dios mio! *Diego.* En ese miedo

veo de un padre sensible

el arrebatado afecto.

Ped. Y aun no vuelven!

Diego. Vamos , vamos,
 que por hora más ó ménos
 no debe vmd. inquietarse.
 Un lancecillo del juego,
 un chiste : qualquiera cosa
 habrá hecho que más tiempo
 se detengan en visita.
 De un instante á otro espero
 verlos entrar. *Ped.* Ciertamente *con viveza.*
 lo espera usted? Me consuelo
 al oír esas palabras.

Diego Mientras que Hegan juguemos.

Ped. Ahora estoy tan distraído!

Otro día jugaremos
 si á vmd. le parece. **Diego.** Bien.

Ped. Perdonad á un padre inquieto....

Diego. Por eso yo pretendia
 calmar su desasosiego.

Esa voz , esas miradas
 prueban en este momento
 quanto amor á su familia
 profesa un padre alhagüeño.

Por qué á mí no me ha tocado
 el destino placentero

de amar á una tierna esposa?

Padre , como vmd. tan bueno,
 tan buen esposo , á los dos
 envidiara el universo.

Adorado de mis hijos

y mi esposa con extremo,
 nunca hubiéramos tenido

mas que una alma y un deseo.

Junto á prendas tan queridas

su felicidad haciendo,
y gozándome en mi dicha
provocára al hado adverso.

Qué puede afligir á un padre?
Si acaso está padeciendo,
vienen todos exhalados
á alegrarlo y socorrerlo.

Su esposa con sus caricias
dulcifica sus tormentos :
sus hijos están velando
al rededor de su lecho,
y sacrificando todos
hasta el descanso y los juegos,
cambian en dias alegres
los tristes dias de un viejo.

Ped. Descripción cruel... qué hago?
ocultando su agitación.

Los sentidos recobremos.

Diego. Así verá vmd. á sus hijos
en la ancianidad.

Ped. Lo espero.... *llegando al tablero.*

Mas no hablemos de ese asunto
que me sirve de tormento.

Diego. Quiere vmd. jugar ahora?

Ped. Si vmd. gusta jugaremos,
pueda ser que me distraiga.

Diego. Seguramente.... Empezemos.
se sientan á jugar.

Ped. Yo saldré... Valor.

Diego. Se entabla
perfectamente este juego.
dá el reloj la una.

Ped. Qué hora es esta....
se muy asustado.

Diego. Ese relox
 vá adelantado. *Ped.* Aun no han vuelto
 y es la una de la noche?

Diego. Coma vmd... De vmd. es el negro.

Ped. Escuche vmd.... yo oigo.... no.

Diego. Usted perdio sin remedio. *jugando.*

Como esos tres y la dama,
 voyme á la calle de enmedio,
 y estos pecnes no pasan.

Ped. Ahora no me engaño .. Siento,

levantándose con viveza.

sí : no hay duda.... Gente suena
 por la sala... Si son ellos,
 como pueda , he de mostrarlos
 mi furia toda.

ESCENA XII.

Dichos y Anselmo con una carta.

Diego. Es Anselmo.

Ansel. Esta carta es para usted.

Ped. Quién te la ha dado?

Ansel. Un sugeto

á quien no he visto en mi vida.

Ped. Es de mi esposa... Yo tiemblo
 al abirla.

Ansel. Qué tal vá? *aparte á D. Diego.*

Diego. Amigo , estoy muy contento,
 porque su dolor vá á mas,
 y su mal humor á ménos.

Ansel. Pues si es así , yo respondo
 de su curacion. *Ped.* Qué es esto?

Mi esposa escribirme así!

Podré creer lo que veo?

Reprimamos el furor,

pues yo á mí propio me temo.

Lee con la mayor agitacion algunos párrafos de la carta en alta voz, y los demas como para sí.

“Hum, hum... Serán inútiles todos los me-

“dios que busques para reconciliarnos....

“Yo estoy en una casa respetable. Voy á

“ponerme baxo la proteccion de un Súpre-

“mo Tribunal : él será solo quien decida

“de mi suerte y la de tus hijos.”

Recurrir á un Tribunal!

Temblad mi furor, perversos.

“Por tu carácter feroz has causado la des-

“gracia de toda tu familia. Supuesto que

“estas creyendo que tienes derecho para

“tratarnos como esclavos, nosotros tam-

“bien nos hemos creido autorizados para

“no ver en tí mas que un tirano, huir

“de tu lado para siempre.”

Para siempre, para siempre!

con el mayor dolor.

Diego. Á un tiempo en su rostro veo
la ira y el dolor pintados.

Ped. Temed pérfidos el ceño
de un padre precipitado
en horroroso despecho.

Y ya qué me resta, solo
una vida de tormentos.

Ingratos, ya que mi muerte

causáreis vosotros mismos,
puedo al ménos maldeciros.

Si: yo os maldigo y detesto....

Ah! no, perdon hijos míos,
mi corazón está lejos

de cebarse en vuestro daño.

Venid; venid á mi seno.

Ansel. Oh qual se abate!

Diego. Qual gime:

qual suspira! *Ped.* Recobremos

el valor: quejas ni llantos

no calmarán mi tormento:

es preciso resignarse.

Perdóneme vmd. Don Diego

si á mi estancia me retiro.

Qué oprimido está mi pecho

con golpe tan impensado

y tan atroz!... Vén Anselmo.

Diego. Siento las penas de usted.

Ped. Ah, mañana por extenso

sabrá vmd.: conocerá

Ansel. mi dolor.... Entremos

á sufrir nuevos martirios.

Ayer noche en este puesto

me despedí de mis hijos

y de mi esposa.... Hoy me veo

privado de sus caricias,

y voy solo á mi aposento.

aparte.

Diego. Es padre, y ama á sus hijos:

En este título tengo

fundada yo mi esperanza.

No le abandones Anselmo

mientras que yo voy á hablar

(69)

á mis caros prisioneros,
y á noticiarles que pronto
tendrán el mayor consuelo.

Vanse , y entran algunos criados que apagan las luces , y queda enteramente obscura la sala.

ACTO IV.

La misma decoracion que en los actos anteriores. Anselmo entra y abre una ventana con que se aclara el teatro.

ESCENA PRIMERA.

Anselmo solo.

Ansel **M**i amo queda en su aposento,
y parece que ha logrado
tranquilizarse en su pena.
Pero cómo tarda tanto.
Don Felix? Miétras le espero
iré arreglando estos trastos.

ESCENA II.

Dicho y Don Diego.

Diego. Qué nuevas tienes que darme?
Verémos por fin logrados
los frutos de nuestra empresa?
Qué hizo , qué dixo tu amo?

Ansel. Fuera de la cama estuvo
toda la noche entregado
al mas profundo dolor.
Ya á voces llamaba ingratos
á su esposa y á sus hijos.
Ya nombrándose culpado
miraba con atencion
de sus hijos los retratos,
y lloraba amargamente.
Luego á los primeros rayos
de la aurora , se sentó,
y afanado en su trabajo
queda aun. Á su caxero
mandó llamar , y encargado
le dexó en la casa toda.
Tambien ordenó al lacayo
que ántes de una hora tuviese
prevenidos los caballos
sin haber dicho siquiera
adonde dirige el paso
con tanta celeridad.

Diego. Nunca hubiera yo pensado
que tomase este partido.

Mas no importa : en todo caso
tú impedirás que lo cumpla.

Ansel. Yo obraré siempre arreglado
á quanto vmd. me dixere.

Diego. Entre incertidumbre y llanto
mi hermana estará afligida.

Anda , vé , corre á su quarto,
y procura consolarla.

Ansel. Los señoritos llegaron
á saber quien es usted ?

Diego. Ambos me diéron los brazos,
como buscando en los mios
el amor que no han hallado
nunca en su padre. De todo
ya están los dos informados.
Mas no perdamos el tiempo,
vete á verla : aquí te aguardo
para disponer... *Ansel.* Callemos
que aquí se acerca mi amo.

vase corriendo y sale Don Pedro.

ESCENA III.

Don Diego y Don Pedro.

Diego. Y bien amigo Don Pedro,
se encuentra vmd. mas calmado
en las penas que mi pecho
con tanto rigor pasáron.

Ped. Yo vivré agradecido,
amigo mio , á tan alto
favor. Ya no es un misterio
en mi casa mi quebranto,
y por lo mismo no dudo
que vmd. sabrá todo el caso.
Yo soy un padre infeliz,
un esposo abandonado.

Diego. Dicen que Doña Isabel
con sus hijos... *Ped.* No dudáron
destrozarme el corazon,
y al mas triste desamparo
me condenan para siempre.

Diego. Contra un golpe tan amargo
la razon sola... *Ped.* Qué puede
la razon en mis quebrantos?

Diego. Por qué entregarse tan breve
á un despecho temerario?

Confie vmd. en el tiempo.

Ped. No tengo siquiera un rayo
de esperanza en mi dolor.

Mi esposa, que se ha mostrado
siempre fiel á sus deberes:

siempre de un carácter blando,

siempre tímida en sus hechos

tiene sin duda á su lado

algun traidor que la guia

y la subleva en mi daño.

Su misma debilidad

me prueba que ya ha tomado

un partido decisivo.

Sí: quando ella ha dado tanto
escandaloso rumor

con su marcha, es que ha fixado

para siempre su destino

y que no vuelve á mis brazos.

Diego. Yo no pretendo saber

los motivos que han causado

esa fuga que á vmd. dexa

en tan triste desamparo.

Pero sí por vmd. mismo

le exhortó á que á golpe tanto,

oponga con fuerte pecho

su valor y sus conatos.

Si yo como vmd. me viera

en un lance tan amargo,

buscára al punto consuelo

en mis amigos. *Ped.* Y quando

hubo amigos en el mundo?

Los amigos que me ha dado naturaleza eran solo mi esposa y mis hijos caros.

Diego. La amaba usted?

Ped. Nunca , nunca *con entusiasmo.*
un esposo ha amado tanto á su dulce compañera.

Diego. Con que solo son culpados sus hijos de vmd. ; perdiéron los derechos que gozaron en el corazon de un padre?

Ped. Sus derechos?...En pensarlo, *irritado.*
en pensarlo solamente se me está haciendo un agravio.

Diego. No se enfade usted: *riendo.*

Ped. No tiene un padre hijos tan amados, ni tan dignos de su amor.

Diego. Pues á quién en este caso culparémos? Si ellos son inocentes, el culpado es usted.

Ped. Quién? yo! No creo.... *como cortado.*

Diego. En el caso en que ya estamos me parece que bien puedo hablar á vmd. sin reparo. Nosotros por lo comun estamos siempre abusando de nuestro poder. Yo he visto mil veces á un hombre honrado, buen padre, mejor esposo, es el primer arrebatado de su cólera, ultrajar

al mismo objeto adorado
de su corazón, y luego
que iban sus íras calmando
detestarse y maldecirse
por haberse así entregado
á tan indigno furor.

Mas, infeliz! ya eran vanos
sus remordimientos. Nunca
el débil ser que injuriamos
perdona en su corazón.

Podrá fingir por un rato,
pero no amar á quien teme.

No: que el puñal, penetrando
vá hasta el fondo de su pecho,
y no es dado ya arrancarlo.

Su aborrecible marido
envejece con los años,
y mas y mas repitiendo
gritos, baldones y agravios,
en la márgen del sepulcro
se vé al fin abandonado.

Fed. Usted me hace avergonzar.

Diego. Este esposo temerario

jamás que llorar tendria
si quando ligó su mano,
mostrándose ménos fiero,
hubiera tambien mudado
aquel furibundo genio
en carácter dulce y blando.

El hacerse amar de todos
cuesta por ventura tanto?

Con la esposa á quien se adora
confianza y agasajo.

Con los hijos alegría,
jueros y tiernos alhagos.

Disimulo, compasion
y aprecio con los criados.

Una mirada risueña,
una palabra que al paso
se les diga con cariño
les dexa regocijados.

Quando brilla la alegría
en el semblante del amo,
reyna la tranquilidad
en todos. Apresurados
corren al punto á cumplir
aun sus menores encargos.

Previenente sus deseos,
quisieran ver duplicados
sus placeres: apetecen
su ventura, y este amo
objeto de gratitud,
se mira recompensado
en los mismos infelices
que hizo dichosos.

Ped. Qué quadro *abatido.*
presenta vmd. á mi vista!
Yo he sido solo el culpado,
y á mi esposa y á mis hijos
hice.... Oh Dios! Desventurados!

ESCENA IV.

Dichos y Anselmo.

Diego. Qué traes? *Ansel.* Vengo señor...
Yo no sé como explicarlo.

Ped. Están los caballos prontos?

Ansel. Sí señor. *Ped.* Bien.

Ansel. Sin embargo,
quisiera decir....

Ped. Qué quieres?

con viveza.

Ansel. Perdone vmd. si el cuidado...

si mi zelo... *Ped.* Qué; has sabido

de mi familia? *Ansel.* No trato

de eso. *Ped.* Pues dí: de qué tratas? *irritado.*

Ansel. Señor....

retirándose.

Ped. Bribon, temerario: *enfurecido.*

habla ó sino....

Anselmo vá lentamente hácia la puerta.

Don Pedro le alcanza y le detiene

con dulzura.

Ansel. Con permiso:...

Ped. Perdona amigo este raptó
de cólera, que á ofenderte
á mi pesar me ha arrastrado.

Ansel. Pide perdon? En la vida
le he visto tan córtesano.

ap.

Ped. Qué venias á decirme?

Ansel. Vengo señor indignado
de mirar vileza tanta.

Al punto que los criados

supiéron que ya mi ama
no vuelve á casa, entre tantos

no hay uno solo que quiera
quedar con vmd. Anastasio

ha recogido su ropa:

la cocinera ha sacado

ya su baul: el cochero

la librea se ha quitado,

y se marchó ya hace tiempo

á beber con el lacayo,

y hasta el anciano Beltran

se vá tambien. *Ped.* Pero Claudio,

Claudio, mi fiel escribiénte,

no me ofreció en el despacho

venir conmigo á este viage?

Ansel. Ya es de parecer contrario.

Si la señora no hubiera

esta casa abandonado,

aun mirára vmd. sujetos

los criados á su mando.

Ella usaba con nosotros

de aquel agradable trato,

que hasta al perverso enamora

y le obliga á ser honrado.

Quánto la querian todos!

Quando anoche se informáron

de su fuga, era de ver

con qué dolor se explicáron

culpando á vmd. solamente,

y maldiciendo de su amo

lloraban los picáruelos

como unos niños! Qué quadro

tan tierno, señor! Si usted

lo hubiera estado escuchando,

yo sé que vmd. lloraria.

Ped. Por piedad dexa eso á un lado,

y tratemos de marchar.

Tú, Anselmo, en lugar de Claudio,

has de venir. *Ansel.* Yo señor...

Ped. Siempre contigo he contado,

y tú me acompañarás.

Ansel. Aunque ahora vmd. en mi dafio

arme todo su furor,
y aun su brazo, es necesario
que le dexé.

Ped. Anselmo, Anselmo. *reprimiéndose.*

Ansel. Mañana sin falta, parto
á buscar á mi señora.

Desde sus primeros años
la he servido, y ella sola
habrá de tener cuidado
de mi vejez. *Ped.* Con que sabes...

Ansel. Nada: yo encuentro lo que amo
con viveza.

buscándome yo á mí mismo.

Ped. No creí llegase á tanto *abatido.*
el odio que yo merezco.

Anselmo, eres fiel criado,
y no puedo yo tacharte
por el amor que has mostrado
á tu ama.... Á Dios amigo.

Ansel. Me enternece. *aparte.*

Ped. Á los criados
dirás que en el mismo instante
se pagarán sus salarios.

Diego. Ya de su cólera triunfa. *aparte.*

Ansel. Que afligido está: yo aguardo
de su bello corazón
un completo desengaño. *vase.*

ESCENA V.

Don Pedro y Don Diego.

Diego. En fin, qual es el proyecto,
segun lo que yo he escuchado,
veo que vmd. determina

hacer un viage muy largo.

Ped. Sí , muy largo , amigo mio,
y de su bondad aguardo
un favor que le suplico,
como amigo de mi hermano.

Éste es , que vmd. no abandone
esta casa en todo un año :

fácil será descubrir

donde Isabel se ha ocultado,

y usted á su lado puede

servirme á mí. De ese anciano

sabrá vmd. su paradero.

Véala vmd. : á su lado

esté siempre , y dé á mi pecho

este gusto en su quebranto.

Dígala vmd. que de casa

me partí desesperado.

Que voy á vivir oculto

en los climas mas lejanos.

Que si ella con esa fuga

tan solamente ha tratado

huir de mi compañía,

viva feliz entre tanto

que yo moriré viviendo

en eterno desamparo.

Y que para que sus penas

tengan fin , no es necesario

el vergonzoso recurso

que ofrecen los Magistrados.

Diego. Usted quedará servido.

Ped. Añadala vmd. de paso,

que para que quede ilesa

su opinion , y no dar campo

á las maldicientes lenguas, debe volver con recato á esta casa, que es herencia que sus padres la dexaron.

En materia de intereses todos los dexó fiados á su prudencia, y espero que ella sabrá manejarlos.

En quanto á bienes son suyos, y á mas la cedo en el acto de nuestros comunes derechos, y nada, nada me guardo para mí, ni mis dos hijos.

Ah, yo me veo privado con la mayor sensibilidad.

del bien por quien solamente amé la vida. Lejano de mi patria y de los míos, qual víctima que entregaron al furor de su destino, yo iré baxo un cielo extraño á buscar la muerte.

Diego. Amigo, usted me está traspasando el corazon. Por qué irse tan léjos del suelo patrio?

Ped. Alejarse es el consuelo que le queda á mi quebranto.

Yo iré á buscar á su tierra á Don Felix, mi cuñado y amigo de vmd., á quien finos Isabel y yo adoramos.

Diego. Y viaja vmd. por buscarle?

Ped. Sí amigo voy á su lado.

á encontrar en mis fatigas
un consolador humano.

*Don Diego hace un movimiento como que
se enternece.*

No es verdad que cariñoso
me recibirá en sus brazos?

Yo nada le ocultaré
de todo quanto ha pasado.

Él leerá mi corazón,
conocerá mi quebranto,

sabrá que la suerte impía
ha desecho nuestros lazos.

Me perdonará las penas
que en su hermana he derramado,

y al mirar el dolor mio
llorará conmigo acaso.

Diego. No hay duda que llorará.

Su afliccion ha penetrado
hasta el fondo de mi alma.

aparte.

Ped. Usted se enternece? Ah, quanto,
quanto ese interes me obliga.

Diego. Pero está determinado
el partir hoy sin remedio.

Diferalo vmd.: yo aguardo....

Yo tengo acá mis razones.

Ped. Ya es imposible, pues quantos
objetos miro acrecientan

mi dolor, y despertando
mi memoria mas y mas.

me hacen infeliz. Los pasos
de mi esposa y de mis hijos,

parece que están sonando
por esas piezas. Aquí

miraba con placer tanto
reunida mi familia.

Cárlos estaba estudiando,
allí mas acá mi esposa,
mi esposa con su hija al lado
me colmaba de alegría
ocupada en su trabajo.

Yo los estoy viendo aun.

No : mi ilusion es en vano.

Infeliz de mí ! Yo busco
estos objetos amados

qual los buscára en el templo
donde hubieran sepultado
sus inocentes cenizas.

Ah , no es posible.... yo parto.

vase precipitadamente.

Diego. Don Pedro , Don Pedro , amigo,
oigame vmd.... pero es vano
mi temor : no partirá,
pues Anselmo está encargado
en estorvar este viage.

Mas qué veo... Eugenia , Cárlos,
á quién buscáis ?

ESCENA VI.

Dicho , Cárlos y Eugenia.

Carl. Á mi padre.

Sentimos ruido en el patio,
y con toda precaucion
al balcon nos asomamos.

Vimos que cargan un coche,
que se disponen caballos.

Quién es quien marcha ? **Diego.** Tu padre.

Eugen. Mi padre? Habremos causado
nosotros esta partida.

Diego. Al mirarse abandonado
de las prendas que mas quiere,
huye de su patria. *Carl.* Vamos
á arrojarnos á sus pies.

ESCENA VII.

Dichos é Isabél.

Isab. Felix , qué hemos hecho? Acabo
de ver ahora á mi esposo.

En su rostro están pintados
los horrores de la muerte.

Quién pudiera al ver su llanto
no perdonarle? Yo estaba
oculta junto al descanso
de las puertas del jardín:
él iba determinado

á tomar el coche , y yo
iba á ofrecerle mis brazos,
quando de repente miro
que llega Anselmo gritando.

“Se ha roto un eje, y el coche
no puede andar.” Yo pensando

que esto es una ficcion tuya,
y viendo ya retardado
el punto de su partida,

vengo á rogar á mi hermano
abrevie el tiempo penoso
de esta division , que tanto
está afligiendo á nosotros,
como pena está causando
á mi esposo.

ESCENA VIII.

Don Pedro y Don Diego.

Diego. Aquí se acerca,
ocultaos, ocultaos.

Dice éste mirando adentro. Isabél y sus hijos se ocultan, y quedan solos en la escena Don Pedro y Don Diego.

Ped. Á mi pesar vuelvo á verte triste mansion! Se ha quebrado un eje, y esta desgracia ...

Diego. Desgracia! Y por qué juzgarlo como un mal? El cielo á veces de los pequeños acasos, hace depender la suerte de los miserós humanos.

Ped. Pero que el eje se rompa, que tiene que ver... *Diego.* No trato de decir precisamente el influxo bueno ó malo que tenga ese contratiempo: mas puesto que se ha atrasado el viaje, bueno será procuremos consolarlos hablando. *Ped.* De qué? *Diego.* De aquello que vmd. mismo vá buscando. Supongo yo que vmd. llega á casa de su cuñado, y que en sus brazos le estrecha. El como amigo y hermano, procurará hallar un nudo que vuelva á ligar á entrambos en dulce paz. *Ped.* No es posible

que le encuentre. *Diego.* Supongamos que le busca. Lo primero que exigiera en este caso fuera que vmd. conociese que a su esposa habia tratado como á una esclava, que humilde se sujeta á nuestro mando por miedo, no por amor.

Que si bien vmd. la amado, la ha ocultado por sistema su cariño, imaginando por este medio. *Ped.* Ese ha sido un error que lloro en vano.

Diego. Tambien Don Felix dirá que vmd. se portó insensato en no dexar que siguiese sus inclinaciones Carlos, respecto de la carrera que habia elegido. Otro tanto le diria con razon, hablando de Eugenia, en quanto á su boda con Don Luis.

El es un jóven bizarro de la primera nobleza, y que tiene acreditado que sabrá hacerla feliz.

Ped. Por qué impío y sanguinario aprieta vmd. en mi cuello el dogal que me está ahogando? No: ni mi arrepentimiento, ni este dolor, ni este llanto de despecho, bastarán á volverme los alhagos

de esa esposa , de esa esclava,
 de esos hijos que he ultrajado.
 Jamás se perdona á un monstruo.
 Nunca , nunca á los tiranos
 se puede amar. Oh qué idea
 tan cruel ! Al punto huyamos
 de estos techos que me oprimen.
 Voy á tomar un caballo,
 me voy solo... á Dios, amigo. *abrazándole.*
 Isabél, Eugenia, Cárlos,
 llamándolos con el mayor dolor.
 á Dios para siempre.
 vá ácia la puerta precipitadamente.

ESCENA ULTIMA.

*Dichos, Isabél, Cárlos y Eugenia que por
 distintas partes salen á detenerle.
 Luego Anselmo.*

Eugen. Ah , no. *Carl.* Padre mio.

Isab. Entre tus brazos

mira á tu esposa. *Ped.* Qué es esto ?

manifestando la mayor sorpresa y alegría.

Mis hijos... mi esposa... Amados
 objetos del dolor mio !

Ah , no puedo mas... Mis labios
 no aciertan. *Eugen.* Perdon. *Carl.* Perdon.

Isab. Perdoname. *Ped.* Al que es culpado,
 al que haceis feliz , pedis
 perdon... No os estoy mirando ?
 En mis brazos no os estrecho ?

Isab. Y todos en estos lazos
 viviremos , moriremos.

Ped. Pero dónde habeis estado?

Diego. En mi aposento. Yo soy quien su fuga aparentando, supo hacerte conocer quan ciego estabas. *Isab.* Mi hermano que te habla , fué el instrumento de tus penas.

Diego. Y en tus brazos *le abraza.*
voy á buscar mi castigo.

Sale Anselmo.

Ansel. Yo tambien mi parte aguardo, pues fuí cómplice en el fraude.

Ped. Por dos veces has librado á esta casa de una ruina.

Diego. Ya quedo recompensado con el gusto de tu enmienda.

Ves que no eran en vano las suposiciones mias?

Y pues se ha verificado

esta reconciliacion,

cumple tú tambien los pactos

que te impuse. *Ped.* Sí, lo haré.

Eugenia dará la mano

al Coronél quando venga

á Madrid. Servirá Cárlos

en la milicia á su patria,

y mi carácter mudando,

procuraré que mi esposa

sea tan dichosa , quanto

yo desgraciada la hice.

Isabél , hijos , hermano,

no dudeis de mis promesas,

mas si un genio mal domado

vuelve por desgracia un día
nuevos disgustos á daros,
recordadme , amenazadme
con dexarme abandonado,
y mi corazón entónces
con tal memoria aterrado,
será fiel á sus ofertas.

Llegad todos á mis brazos,
pues quando os lloré perdidos,
supe el valor de estos lazos.